



Había llegado la primavera a inundar los campos y cada rincón de la tierra. Todo florecía, los insectos se deleitaban con el néctar y el cielo estaba cada día más azul.

En el medio de un prado crecía una pequeña flor. Sus pétalos eran casi transparentes y su diminuto tallo apenas se asomaba entre el pasto. Las abejas que zumbaban alrededor de ella no la distinguían y muy pocas llegaban a posarse alguna vez sobre ella.



Sin embargo, esta flor se sentía muy contenta con la primavera, el sol la acariciaba y las suaves gotas de rocío le lavaban la cara por las mañanas.